

SALMO 23 (22)

“El Señor es mi pastor, nada me falta”



Estimados lectores y amigos de la Biblia.

Saludos.

Comentamos hoy un texto bíblico especialmente entrañable: el Salmo 23 (22), pero antes contempla por un momento, querido lector, la imagen que lo ilustra.

Observa al pastor en medio del rebaño, la ternura con la que acaricia a su oveja, cómo esta cierra los ojos y se deja acariciar al tiempo que levanta la cabeza hacia él, mientras que la compañera parece esperar su turno. Es un muy buen reflejo de su contenido.

LA IMAGEN DEL PASTOR

El Salmo habla de cómo es Dios con nosotros, y lo hace a través de dos figuras. La primera es fácil de identificar: la del pastor; la segunda nos resulta algo más difícil: la del beduino nómada. Dios es para con nosotros, viene a decir el salmista, como un pastor para con sus ovejas o un beduino para con su huésped.

Quién más quién menos, todos tenemos experiencia de lo que es un rebaño y un pastor, sobre todo si hemos vivido en un ambiente rural donde había rebaños. La imagen del pastor es frecuente en la Biblia (Is 40,11 y 53,7; Ez 34,1-24) y Jesús la utilizó en diversas ocasiones (Jn 10,11-16.27-29 y 21,15-17). La del beduino, también muy frecuente en la Biblia, nos resulta más lejana.

LO PROPIO DE LA OVEJA

Empecemos hablando de la oveja. ¿Cómo es? ¿Qué le caracteriza? Es un animal gregario incapaz de defenderse por sí misma por carecer de recursos para ello y, por tanto, muy vulnerable. Sola en medio de la naturaleza estaría perdida y sería presa fácil de cualquier depredador. Depende para sobrevivir de los cuidados del pastor que le busque alimento, la proteja y la guíe.

Darse cuenta de esto es muy importante porque es esto mismo, precisamente, lo que somos los humanos, aunque no nos guste reconocerlo y nos cueste mucho, incluso toda una vida, aceptarlo.

Cada oveja reconoce a su pastor y no sigue a cualquier otro. Ya lo dijo Jesús: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen" (Jn 10,27). Os cuento una historia:

Un amigo mío estuvo en África y allí vio un gran lago donde muchos animales iban a beber agua. De repente, llegó un pastor con unas doscientas ovejas y estas comenzaron a beber; poco después llegó otro con las suyas. Entonces mi amigo pensó: "¿Cómo va a saber cada uno cuáles son sus ovejas?" Finalmente llegó un tercero con sus ovejas.

Noté entonces que los pastores se quedaban conversando, mientras las ovejas bebían hasta que, poco tiempo después se separaron y cada uno se fue por su lado mientras

llamaba a sus ovejas. Estas, al oír la voz de su pastor llamándolas, siguieron cada una al suyo, sin mezclarse.

LO PROPIO DEL PASTOR

La intención del salmista no es hablar de ovejas y pastores, sino de Dios. ¿Qué hace Dios por nosotros que la figura del pastor refleja? Lo dice en primera persona, dando testimonio de su propia experiencia: nos cuida y alimenta con alimento de la mejor calidad, nos conduce hacia fuentes que nos sacian y donde podemos descansar y reparar nuestras fuerzas. Y cuando pasamos por “cañadas oscuras”, es decir, cuando la vida nos obliga a vivir situaciones difíciles: crisis, dificultades, contrariedades, conflictos, fracasos, enfermedades, pérdidas..., nos guía por el camino adecuado.

En todas estas circunstancias, viene a decir, Dios está con nosotros, de modo que su presencia, el solo sonido de sus pasos o de los golpes de su bastón, bastan para tranquilizarnos: “NADA TEMO PORQUE TÚ VAS CONMIGO: TU VARA Y TU CAYADO ME SOSIEGAN”.

La conclusión del salmista es clara, tan clara que comienza el salmo con ella: EL SEÑOR ES MI PASTOR, NADA ME FALTA.

LA IMAGEN DEL BEDUINO

La segunda figura a la que el salmista recurre para reflejar el modo de ser de Dios es la del beduino, nómada del desierto, que acoge en su tienda a un hombre perseguido por sus enemigos.

LA SITUACIÓN DEL PERSEGUIDO

Era común en la época la presencia en el desierto de bandas organizadas para asaltar a caminantes o caravanas que se desplazaban por zonas deshabitadas y escasas de protección para despojarlas de sus bienes o matar a sus componentes.

En el salmo es el propio perseguido quien habla haciendo referencia a una situación crítica por la que pasó cuando solo, débil, totalmente vulnerable e incapaz de defenderse, fue perseguido por sus enemigos. Es una situación muy semejante a la que tendría la oveja caso estuviera sola y sin la protección del pastor.

Este hombre, perseguido y desprovisto de cualquier recurso, huye desesperado y sin rumbo hasta que ve a lo lejos una tienda de

beduinos. Reúne sus escasas fuerzas y corre hacia ella hasta conseguir llegar antes de ser alcanzado. En ese momento, su situación cambia totalmente.

Existía una ley no escrita en el desierto, como existe todavía en el mar y en las carreteras de regiones muy poco habitadas, que insta a prestar asistencia y ayuda a cualquier persona que se encuentre en una situación peligrosa, porque de otro modo morirá.

Hace poco tiempo una monja salesiana, misionera en Cuba, me contaba su viaje de 754 Kms (más de diez horas), desde su lugar de residencia hasta La Habana por una carretera vacía y casi intransitable. De repente, el coche en que viajaban ella y sus compañeros se averió en medio de la nada, donde no hay medios para arreglarlo ni pasa ningún tipo de transporte público. “¿Cómo os arreglasteis?”, le pregunté. “Una persona buena que pasaba por allí paró y nos recogió, después de varias horas de espera bajo un sol achicharrante”, me dijo.

Conductor, pescador o beduino, da lo mismo. Lo importante es que estas personas son salvación para aquel o aquellos que se encuentran en una situación de riesgo, debilidad o vulnerabilidad grave.

Era también ley del desierto, como sucede todavía con las embajadas de los países en territorio extranjero, que nadie podía invadir una tienda ajena, de modo que quien se refugiara en ella podía sentirse seguro, como fue el caso de nuestro hombre.

LO PROPIO DEL BEDUINO

Los beduinos habitan en el desierto. El del Salmo, a juzgar por lo que dice el texto, es alguien con una buena situación y medios, pues ofrece a su huésped comida y bebida abundantes, perfume (algo caro y escaso en la época) y protección para seguir su camino con seguridad.

¿Qué hace este beduino en favor del hombre perseguido? Lo mismo que el pastor con sus ovejas: le alimenta: “PREPARAS UNA MESA ANTE MÍ... Y MI COPA REBOSA”, le ofrece un artículo de lujo: el perfume y poder descansar. Pero lo más valioso que le proporciona es protección, seguridad y garantías de vida ante los enemigos, que no pueden invadir la tienda, por lo que puede sentirse tranquilo.

Como se ve, el beduino hace lo mismo que el pastor y ambas figuras reflejan lo que Dios hace en nuestro favor.

PERO, ¿Y DESPUÉS?

El perseguido está seguro, pero ¿qué pasará cuando salga de la tienda? Porque los enemigos siguen apostados fuera para consumir sus planes en cuanto tenga que abandonarla. El beduino lo sabe y prepara la solución: le pone una escolta que le proteja a lo largo de todo su camino.

Puede ser, querido lector, que te llame la atención la palabra “escolta”, pues el salmo no habla de soldados, pero así es: “TU BONDAD Y TU MISERICORDIA ME ACOMPAÑAN TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA”, dice el salmista, nombrando dos características muy propias de Dios. Son ellas quienes irán con él, a modo de escolta, hasta su destino final, “LA CASA DEL SEÑOR”, en la que habitará para siempre.

No sabemos cuál era el destino inicial de este personaje, pero sí cuál pasa a serlo después de haber sido salvado: “la casa del Señor”. Es así porque la experiencia del encuentro salvador con Dios despierta en el ser humano el deseo de ir hacia su casa y habitar en ella “POR AÑOS SIN TÉRMINO”, pues solo allí tendrá vida plena y podrá descansar para siempre.

En consecuencia, tanto en la imagen del beduino como en la del pastor se refleja quién es Dios y cómo es su corazón; y que solo en él encontramos VIDA y DESCANSO con mayúsculas.

EL SALMISTA

El salmo refleja la experiencia de vida del salmista vista a posteriori. En la vida se ha sentido indefenso y vulnerable. Ha tenido que trabajar para alimentarse; cansado, ha necesitado descansar y reparar fuerzas; ha pasado por momentos y fases especialmente difíciles: “cañadas oscuras” y ha sufrido el acoso de sus “enemigos”. Pues bien, en todas esas situaciones, lo sabe ahora, ha estado con él Dios que ha sido presencia, fundamento y garantía de vida.

No ha llegado a esta conclusión fácil ni rápidamente, sino que han sido necesarios largos años y muchos avatares para, recapitulando, poder afirmar:

El Señor es mi pastor, nada me falta.

*Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días
de mi vida.*

Es razonable pensar que el salmista sea una persona de edad avanzada y con experiencia de que Dios ha permanecido siempre con él sin abandonarle nunca, como hace el pastor con su rebaño y el beduino con su huésped. “Solo Dios basta”, decía Santa Teresa. Es lo mismo dicho con otras palabras.

CONCLUSIÓN

A través de las figuras del pastor y del beduino el autor expresa su gran certeza: que Dios es fiable y se puede confiar en él tanto en la normalidad de la vida cotidiana como en los momentos de mayor peligro, cuando pasamos por “cañadas oscuras” o sentimos cerca el aliento amenazante del “enemigo”.

Esta certeza suya nos es referencia de vida pues también nosotros tendremos que pasar por nuestro proceso personal y es muy probable que, cuando llegue la crisis, el dolor, el fracaso, la pérdida..., nos sintamos solos, desvalidos, vulnerables o con miedo... y dudemos de la verdad de su testimonio. ¡Ojalá! entonces resuenen en nuestros oídos sus palabras: “TU VARA Y TU CAJADO ME SOSIEGAN”.

¡Gracias, Señor, por haber dejado en la historia tantos testigos de tu presencia! Haz que también nosotros podamos serlo un día para otros.

Un gran abrazo.

Carlos Rey - SDB